ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

LAS TRES MARÍAS

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS MAVILLARD Y FRANCISCO OVIEDO



MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

LAS TRES MARIAS

LAS TRES MARÍAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS MAVILLARD Y FRANCISCO OVIEDO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO LARA el día 11 de Abril de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES	ACTORES	
O	Sra.	Rodríguez.
MARÍA	Srta.	Blanco.
JARDINERA	Sra.	Mavillard.
DON LUIS	Sr.	Rubio.
DON SEVERO	»	Tamayo.
PACO	»	Ramírez.
ANTONIO	»	Ruíz de Arana.
NIÑO de ocho años	»	Sánchez.

La acción en un pueblo inmediato á Madrid.—Época actual.

Las indicaciones del lado del actor.

Á DON JOSÉ MÁYQUEZ

en testimonio de gratitud y aprecio.

CARLOS MAVILLARD.—FRANCISCO OVIEDO.

ACTO ÚNICO

Casa de campo. Verja al foro y puerta de entrada. Cenador, primer término de la derecha. Pabellón con gradas, segundo término izquierda; primero y tercero, calle de árboles. Bancos.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS y DON SEVERO. Aquél afeitándose delante de un espejo. Este leyendo un periódico. Al final ANTONIO

LUIS. Pues sí; créame usted que yo he sido muy calavera; pero mucho. Hoy ya no me queda más que el recuerdo de mis buenos tiempos; pero gòzo cuando veo á un calavera y oigo referir alguna aventurilla. ¿No tiene usted alguna que contarme? ¿Alguna conquista? Pero hombre, ¿tan embebido está usted en su lectura que ni me atiende?

SEVERO. Estoy leyendo este magnífico artículo; este soberbio fondo, digno del periódico que lo publica.

LUIS ¿Qué periódico?

SEVERO *El Siglo Futuro.*

LUIS ¡Buen periódico!

SEVERO. Magnífico, excelente; este es el periódico del siglo.

LUIS. ¿De qué siglo?

SEVERO. De este.

LUIS. ¿Pues no dice usted que es el siglo futuro?

SEVERO. Sí; pero es una frase vulgar.

LUIS. ¿Cuál? ¿El siglo futuro?

SEVERO. No; esa de decir, este es el periódico del siglo.

LUIS. ¡Ah, ya! Conque volviendo á mi pregunta. ¿No recuerda usted alguna aventurilla?

SEVERO. Hombre, he tenido muy pocos lances en mi vida, pues he procurado siempre vivir en armonía con la más sana moral... No obstante, como somos pecadores, en cierta ocasión, faltando á mis principios, traté de conquistar á una linda corsetera, y después de gastarme un dineral en regalos, me enteré de que la muy coqueta estaba formalmente comprometida con un aragonés.

LUIS. ¿Dice usted que la regalaba y que estaba comprometida con un aragonés? Pues en mi concepto, el que estaba comprometido era usted.

SEVERO. Bueno; pues escarmentado de aventuras, y decidido á casarme, tropecé con una preciosa chiquilla que hacía...

LUIS. (Haciendo que se corta.) ¡Canastos!

SEVERO. ¡Cómo canastos!

LUIS. Digo canastos, porque me he cortado. Siga usted su historia.

SEVERO. Pues nada, que por más que la dije mi posición desahogada y la ofrecí hacerla mi esposa en breve, cosa que no todas desprecian, me escribió una lacónica carta en que me decía: «A su edad, es más propio el »rosario ó el sermón, que la flor conque me obsequia. »En el asilo los he visto yo más jóvenes.—O...» (Pausa.)

LUIS. ¿O qué?

SEVERO Es que se llamaba O.

LUIS. ¡Ah!

SEVERO. (Como reconviniéndole.) No; O.

LUIS. ¿Y usted insistió?

SEVERO. Yo comencé á enfermar, porque la quería con delirio, y me puse muy delgado. Yo tenía siete arrobas.

LUIS. ¿De qué?

SEVERO. De peso.

LUIS. ¿Bruto?

SEVERO. Gracias.

LUIS. No es alusión. Me refería al peso.

SEVERO. Pues bien; pensando en que mi salud valía más que todas las mujeres del mundo, pedí á mi médico un plan curativo, y éste fué que me viniera á un pueblo, comiera bien y tomase mucho vino con hierro, si quería volver á mis carnes.

LUIS. Eso es imposible; ya somos viejos.

SEVERO. Eso no le hace; usted no sabe lo que influye el agua de hierro.

LUIS. Por muy buena que sea, para volver usted á pesar siete arrobas bebiendo agua de hierro, era preciso que se tomase usted la verja de la Biblioteca nueva destilada.

SEVERO. ¡Qué ocurrencias!

LUIS. ¿Y por qué eligió usted este pueblo que tan pocos atractivos tiene?

SEVERO. Hombre, le diré á usted; he elegido este pueblo, porque en él estuve dos años de administrador de Correos y me probaba bien. Además, está tan cerca de Madrid...

LUIS. ¿Por qué época fué eso?

SEVERO. Hace ocho ó diez años. Aún no había usted heredado esta posesión de su tío. ¿Pero no acaba usted de afeitarse?

LUIS. Sí; ya me estoy descañonando.

SEVERO. ¡Ah! ¿Pero usted se despluma y se descañona? Yo sólo me doy un repaso. Lo digo porque ya estará impaciente el capellán del cementerio esperándonos para echar nuestra partida de tresillo.

LUIS. Hoy tendrá que ser breve. Aguardo á mi sobrino, de quien le he hablado varias veces. ¡Y qué calavera es! ¡Qué buenos ratos puede proporcionarnos!

SEVERO. Hombre, á nuestra edad, ¿qué rato podemos pasar al lado de un calavera?

LUIS. No; si ya ha sentado la cabeza. Yo gozaba con sus calaveradas, pero me iba á hacer una que no podía tolerar, y era casarse con una modistilla, teniendo una prima hermosísima á quien yo deseaba unirlos; y en efecto, le amenacé con desheredarle, y por fin conseguí que se casara con ella, y hace dos días les escribí diciendo que me encontraba algo malo y que deseaba tenerlos á mi lado. Así, pues, los aguardo esta tarde.

SEVERO ¿Pero no acaba usted?

LUIS. Sí, ya terminé. (Acabando de afeitarse y guardando las navajas y demás enseres.)

SEVERO Pues vámonos. (Se levanta.)

LUIS. Aguarde usted que dé algunas órdenes al jardinero por si llegan en mi ausencia. (Llamando.) ¡Antonio! ¡Antonio!

ANT. (Dentro.) ¡Voy! (Saliendo.) ¿Qué manda usted?

LUIS. Si viniera en mi ausencia un matrimonio joven preguntando por mí, pones la casa á su disposición, pues son mis sobrinos, y por lo tanto tus futuros amos.

ANT. Está bien. Aquí los aguardaré destruyéndome con esta historia. (Mostrando un libro.)

LUIS. ¿Qué historia es esa?

ANT. Es del padre de Ana María.

LUIS. Del Padre Mariana, querrás decir; la «Historia de España.»

ANT. No señor; ni es «Historia de España,» ni es del Padre Mariana. Es la «Historia Sagrada» del padre de Ana María, la jardinera.

LUIS. ¿Pero la ha escrito el padre de Ana María?

ANT. No señor; es el dueño de este libro.

LUIS. Bien, hombre, bien; Así me gusta, que tengas deseos de instruirte. No obstante, de cuando en cuando das una vueltecita por el huerto. Ya sabes que los chicos saltan la verja y se comen toda la fruta, destrozando el arbolado.

ANT. Está bien.
SEVERO. Pero ¿nos vamos?
LUIS. Sí, vámonos. (Á Antonio.) Conque ya lo sabes. (Vanse.)

ESCENA II

ANTONIO; á poco JARDINERA

ANT. (Hojeando el libro.) Pues señor, no me explico este traje de Adan y Eva. Dice el libro que estaban vestíos de la gracia .. No conozco esa tela, pero debe ser muselina, ó cosa así, porque ellos estaban frescos, según tengo entendido. ¡Aaaaay, lo que semos y de dónde venemos! (Leyendo con trabajo.) «De cómo la serpiente tentó á la mujer y ésta después al hombre, siendo arrojados del Paraíso.» Miste qué pamplina, por tentón más ó menos... (Mirando al tercer término de la izquierda.) Ahí viene la Eva que á mí me tienta la paciencia
JARD. ¿Y el amo?
ANT. Ha salío.
JARD. ¿Y qué haces aquí cruzado de brazos?
ANT. ¡Ay, María, María! Si tú me quisieras se iba á convertir este jardín en el Paraiso *territorial* y estaríamos vestíos de la gracia.
JARD. ¡Ay, qué gracia!
ANT. ¿No te has tropezao tú por ahí con alguna serpiente que te haya dao alguna manzana pa mí?
JARD. Eso es lo que tú quisieras, una manzana.
ANT. No; siquiera un par de ellas. Déjame que te abrace. (Intentándolo.)
JARD. Toma. (Dándole una bofetada. Vase)

ESCENA III

ANTONIO; á poco MARÍA, O y PACO

ANT. ¡Uy! Me ha dolío más que un tiro. Voy á alcanzarla y

á... No, me va á dar la otra. ¡Pues no se me han sartao las lágrimas! (Se sienta limpiándose los ojos.)

PACO. Por fin llegamos. (Viendo á Antonio.) ¡Calla! ¡Si creo que están llorando! (Á Antonio.) Diga usted, buen hombre, ¿no vive aquí don Luis Urrutia?

ANT. Sí señor; ustedes son...

PACO. Sus sobrinos.

ANT. Pues pasen ustedes, que ya me ha dicho que son ustedes los futuros amos.

PACO. Dígale usted que...

ANT. Ahora es imposible decirle nada.

PACO. ¿Por qué?

ANT. Porque está en el cementerio.

MARIA. (Con alegría.) ¿De veras?

PACO. (Á María.) (Calla, mujer, y demuestra sentimiento.)

MARIA. ¡Pobrecillo!

PACO. ¡Qué desgracia! No haber tenido el consuelo de darle el último abrazo. (Á Antonio.) Y diga usted, ¿cuándo ha muerto?

ANT. ¿Quién?

PACO. Mi tío, el que habitaba esta quinta, porque hoy, claro, si se ha muerto, ya no la puede habitar.

ANT. ¿Pero qué está usted diciendo?

PACO. ¿Pues no me has dicho que se ha muerto mi tío?

ANT. ¿Su tío? No señor; pues si está tan bueno y sano.

PACO. (¡Qué estúpido!)

O. ¿En el cementerio?

ANT. Con el capellán, jugando como tóos los días al *trasillo*.

PACO. ¿Y no nos espera?

ANT. ¿Pues no les he dicho á ustedes que me tenía encargao que pusiera la casa á su disposición ó están ustedes sordos?

PACO. ¡Imbécil! ¿Qué modo de contestar es ese? ¡Largo de aquí!

ANT. (Ya no me acordaba de que era el amo futuro.) (Vaso, dejando el libro sobre un banco.)

ESCENA IV

DICHOS, menos ANTONIO; después DON LUIS

PACO. ¡Qué bruto debe ser este criado! (Pausa.) ¿Es decir que nuestro tío se encuentra bueno?

O. Haga Dios que no cometamos una torpeza.

MARIA. Aquí no estaremos más que dos días, porque esta situación me va á ser difícil poderla soportar más tiempo.

O. Pues figúrate yo que me presto á hacer un papel que no debía.

MARIA. Yo también hago otro que no debía.

O. Vosotros lo hacéis porque os conviene; pero yo, ¿qué saco con pasar por mujer de tu marido?

PACO. Nuestro agradecimiento en sacrificarte por nuestra felicidad. Cuarenta y ocho horas se pasan en seguida. (Á María.) ¿Verdad? ¿Te encuentras mala?

MARIA. No.

PACO. Me parecía que... ¡si vieras lo inquieto que estoy cuando te veo disgustada!... ¿Me quieres?

O. (¡Ay, ay, ay! y qué meloso es mi primo. Procuraré distraerme.) (Reparando en el libro.) A ver. (Leyendo.) «Historia sagrada.»

PACO. Yo te quiero como el primer día.

O. (Leyendo.) «Introducción.»

PACO. (A María.) ¿Y tú?

MARIA. ¿Puedes dudarlo?

O (Leyendo.) «Adán y Eva en el Paraíso.»

PACO. Nuestra luna de miel va á ser eterna. Déjame que te abrace.

O. (Leyendo.) «La manzana.»

MARIA. (Abrazando á Paco.) ¡Qué felíz me siento á tu lado! (Llega don Luis deteniéndose en la puerta al ver á Paco que abraza á María.)

PACO. (¡Uy, mi tío!)

O. (Leyendo.) «La serpiente.»

LUIS. (Juraría que mi sobrino abrazaba á otra mujer que no es la suya.) ¡Hola, buenas piezas!

PACO. O. } ¡Querido tío! (Abrazando á don Luis.)

PACO. ¿Por lo visto está usted mejor?

LUIS. Estoy bueno; eso sólo fué un ardid para acelerar vuestra venida. (Por María.) ¿Y esta señorita?...

PACO. Es una amiga íntima de O, á quien hemos invitado, contando con el permiso de usted.

LUIS. Has hecho bien. (Preveo una calaverada.) Conque vamos á ver: ¿sois felices?

PACO. Mucho, tío.

O. Muchísimo.

LUIS. Eso es lo que yo deseaba. (Á O.) Díme: ¿ha sentado éste por fin la cabeza?

O. Del todo.

LUIS. Falta le hacía. (Á Paco.) ¡Si vieras la satisfacción tan grande que tuve cuando recibí la carta en que me participabas que te habías casado ya! y hoy de fijo que me agradecerás la dicha que te he proporcionado; no como querías, haberte unido con una modistilla, que sabe Dios lo que sería ella, lo que son todas, unas lagartonas

PACO. Eso sí que no, tío. ¡Si usted la conociera!...

LUIS. Diría lo mismo ¿Qué puede esperarse de una modista, sino .. trajes?

PACO. Que usted le corta.

LUIS. Y que ella se merece.

MARIA. (Pues buena me está poniendo.)

PACO. (¡María Santísima y qué conversación ha venido á sacar!)

LUIS. Estaba decidido: si te hubieras casado con ella, te desheredo, y hoy irías sin camisa.

PACO. Nada de extraño tiene que fuera sin camisa, cuando usted, tío, la está quitando hasta el pellejo. Pero en fin, eso ya pasó. Ahora lo que quisiéramos era arre-

glarnos un poco, quitarnos el polvo del viaje.

LUIS. Pues entrad y disponed como queráis. Ya veréis, ya veréis qué alcoba os he destinado, independiente de toda la casa.

PACO. Pero tío, ¿y nuestra amiga?

LUIS. Descuida, hombre, que no le faltará dónde dormir.

PACO. No, si es que ella no puede separarse de nosotros.

LUIS. ¿Ni para dormir siquiera?

PACO. Como viene con nosotros, ¿sabe usted?... no me parece bien dejarla sola, y... yo había pensado que los días que estuviésemos aquí, durmiera con mi mujer, y yo solo en otro cuarto inmediato, por si á media noche se les ocurre algo.

LUIS. No señor; los buenos esposos no se deben separar nunca.

O. (¡Dios mío, qué compromiso!)

PACO. (Primera contrariedad.)

MARIA. (No, pues por eso no paso.) (Tirándole á Paco de la americana.)

PACO. Mire usted, tío; más interés que usted debía de tener yo en ello, y cuando lo consiento...

LUIS. Pues yo no lo permito, y durante los meses que estéis aquí...

MARIA. (¡Los meses!)

LUIS. No os separaréis para nada.

PACO. (¡Cómo persuadirle!...) Mire usted, es que esta joven (Por María.) padece todas las noches de pesadillas y se pone muy mala, y no teniendo una persona á su lado...

LUIS. (¡Cuando digo que preveo una calaverada!... ¡Yo lo sabré!) Bueno, pues como quieras. Yo lo que ambiciono es tan sólo veros felices, como creo haberlo conseguido. ¿No es cierto?

PACO. Mucho, tío. (Al fin pude convencerle.)

LUIS. Pues, nada; entrad, que yo voy á dar órdenes á los criados mientras os arregláis.

PACO. No tarde usted en entrar, y así hablaremos largo y tendido.

LUIS. Sí, tendido es como mejor se habla. Conque vamos; no tenéis más que seguir ese pasillo, y la última habitación es la vuestra.

O. Pues hasta ahora, tío.

LUIS. Adiós, buena moza. Ya estoy deseando que pase un año de vuestro matrimonio.

O. ¿Para qué, tío?

LUIS. Para que tengáis un hijo.

O. (Ruborizándose.) ¡Tío!...

LUIS. Esa es la verdadera bendición del matrimonio.

PACO. Conque, ¿vamos?

LUIS. Sí, entrad. (Á María.) Está usted en su casa.

MARIA. Muchísimas gracias.

PACO. No tarde usted.

LUIS. No, en seguida entro.

PACO. Pues hasta ahora. (Entran.)

ESCENA V

DON LUIS y á poco ANTONIO

LUIS. ¡Dicen que son felices! No, pues yo juraría no haberme equivocado en ver que abrazaba á la otra. Aquí pasa algo. (Pausa.) Que mi sobrino haya dejado las relaciones de la modista para casarse con su prima, y ahora venga aquí con una que no es su mujer, y la abrace... me escama; yo debo velar por la felicidad de mis sobrinos; así, pues, los espiaré, los acecharé, y si es cierto lo que presumo... (Llamando.) ¡Antonio! ¡Antonio!

ANT. ¿Qué manda usted?

LUIS. Vamos, dame cuenta de lo ocurrido durante mi ausencia. ¿No ha pasado nada?

ANT. Pues *ná,* que ahí los tiene usted á sus sobrinos.

LUIS. Ya los he visto. Y qué, ¿te ha gustado mi sobrina?

ANT. ¿Y cuál es su sobrina?

LUIS. Pues la esposa de mi sobrino.

ANT. ¡Já, já! ¿Y cuál es la esposa de su sobrino?

LUIS. (¡Qué estúpido!) Pues...

ANT. Sí; pues, su sobrina.

LUIS. No, hombre, no; la vestida de claro, ¿no lo has conocido en lo cariñosa?

ANT. Yo no he conocído más sino que me han llamado imbécil y me han echado de aquí.

LUIS. ¿Sí? Pues tienes que prestarme un gran servicio. Mira: mientras estén por aquí mis sobrinos, procura oir todo cuanto hablen; pero sin ser pegajoso; haces como que trabajas en algo, y procura pescar lo que puedas. Sin que por esto dejes de dar unas vueltecitas por la huerta, á fin de que los muchachos no la emprendan con la fruta. Esa sola es tu misión por ahora; los huéspedes y la huerta; conque, mucho ojo. (Vase por el pabellón.)

ESCENA VI

ANTONIO, á poco JARDINERA y NIÑO

ANT. Está bien; de la huerta aquí, y de aquí á la huerta; como si dijéramos: de la tienda á la garita, y de la garita á la tienda.

NIÑO. (Dentro, llorando.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

ANT. ¡Hola! ¡hola! María ha hecho un prisionero.

JARD. (Saliendo.) Aquí le tienes; destrozando todo el sembrado.

NIÑO. (Sollozando.) Si yo no he cogido más que dos ó tres lechugas... dos ó tres brevas... dos ó tres peras... dos ó tres...

ANT. Sí; dos ó tres huertas. ¡Ladroncillo! ¿Quién es tu madre?

NIÑO. La señora María.

ANT. Bueno, pues por castigo te voy á amarrar ahora á la noria.

JARD. Enciérralo en un cuarto hasta que el amo disponga.

ANT. (Al Niño.) Venga usted acá, destructor de mi trabajo.

NIÑO. Si no he cogido más que dos ó tres...

ANT. Sí, sí, ya sé. (Á la Jardinera queriendo abrazarla.) Adiós, Eva.

JARD. Anda con Dios... Adán.

ESCENA VII

DICHA; á poco MARÍA, después O y luégo DON SEVERO

JARD. ¡Qué adelantado y qué zopenco es este animal! No, pues todo se lo permito menos eso.

MARIA. (Saliendo del pabellón.) ¡Vaya! que no sufro más esto. (Fijándose en la Jardinera) ¡María!

JARD. Señorita María, ¿usted por aquí? ¡Qué sorpresa!

MARIA. Vengo por pocos días; pero tú, ¿cómo es que estás en este pueblo?

JARD. Estoy con mi padre al servicio de don Luis.

MARIA. ¿Mi tío?

JARD. ¿Pero es usted la sobrina del dueño de esta quinta? ¿Pues no es la otra?

MARIA. ¡Ay! ¡es verdad! Ya no me acordaba.

JARD. ¿Que no se acordaba?

MARIA. Mira, es un secreto; pero que va á dejar de serlo para tí, pues sirviéndome de garantía el cariño que me profesas, tú me ayudarás en caso preciso.

JARD. Disponga usted siempre de mí.

MARIA. Pues bien, oye: tu amo, que es el tío de mi marido, amenazó á éste con desheredarle si no se casaba con su prima; pero esta amenaza llegó tarde por estar ya casado conmigo.

JARD. ¿Y le han hecho ustedes creer al tío que está casado con la prima?

MARIA. Eso es.

JARD. (Riendo fuerte.) Tiene gracia.

MARIA. Chist; habla bajo.

JARD. (Bajo.) Tiene gracia.

MARIA. Ahí viene.

JARD. ¿Y ella sabe esto?

MARIA. ¡Qué inocente eres! Pues claro; pero disimula hasta delante de ella como si lo ignoraras.

O. (Á María.) ¿Damos ese paseo?

MARIA. Espera. (Por la Jardinera.) Aquí te presento á mi hermana de leche.

JARD. Servidora.

MARIA. Ésta (Por O.) es la sobrina de tu amo.

O. ¡Ah! ¿pero tú eres de la casa?

JARD. Para lo que usted guste mandar.

SEVERO. (Deteniéndose al ver á O.) (¡Qué veo! Mi ingrata de Madrid!)

O. (Al ver á don Severo.) (¡Uy! ¡El viejo pegajoso!) (Á la Jardinera.) (Oye, ¿qué hace ese señor aquí?)

JARD. (Es muy amigo de su tío de usted.)

SEVERO. (Adelantándose y saludando á O.) Señorita, ¿á qué debo el placer de volverla á ver? (Aparte.) (Yo que me vine huyendo de usted, mejor dicho, de sus desprecios...)

O. Pues vengo á pasar unos días en esta quinta de mi tío en unión de mi *esposo*. (Acentuando el esposo.)

SEVERO. ¿Se ha casado usted? Usted será la causa de que yo me pegue un tiro.

O. ¿Un tiro? ¡No por Dios!

SEVERO. ¿No quiere usted que me dé un tiro?

O. No, porque podría no acertar; un par de ellos por lo menos. ¡Já! ¡já! (A María.) ¿Conque vamos á dar ese paseo por el jardín?

MARIA. Sí, vamos á ver si hay mariposas.

O. (Mirando á don Severo.) Al menos no habrá moscardones. ¡Já! ¡já! ¡já! (Vanse por la izquierda.)

ESCENA VIII

DON SEVERO, JARDINERA y al final ANTONIO

SEVERO. (¡Mujeres! Mientras más me desprecia, más hermosa me parece. Yo voy á volveme loco.)

JARD. (Habla solo.)

SEVERO. (¡Imposible! Me vine de Madrid buscando la tranquilidad, y ni aun aquí puedo hallarla.) (Sentándose y apoyando la cabeza entre las manos.) ¡Ay!

JARD ¿Está usted malo?

SEVERO. Malo precisamente, no; estoy loco.

JARD. ¿Loco?

SEVERO. Sí, loco por una mujer. ¿Tú has visto á la que hablaba aquí hace poco conmigo? Pues bien, yo amo á esa mujer con delirio, hasta el punto de quererme dar un tiro por ella

JARD. ¿Y ella no le quiere?

SEVERO. No lo sé; pero lo más grave es que aunque me quisiera, sería inútil. Está casada. Es la esposa de tu señorito. Decididamente me mato.

JARD. (¡Pobrecillo! Si no fuera secreto, yo le diría que esa señorita no es la esposa del sobrino del amo.) ¿Pero sería usted capáz de matarse?

SEVERO. Estoy decidido. ¿Ves? (Sacando un revolver ó pistola.) Hoy doy fin á mi existencia.

JARD. (Deteniéndolo.) ¡Ay! ¡No por Dios! Yo le diré á usted la verdad.

SEVERO. ¿La verdad de qué?

JARD. De que... no tiene usted motivos para matarse.

SEVERO. ¿Qué esperanzas puedo tener ya de una mujer casada y con el sobrino de mi más íntimo amigo?

JARD. ¡Quién sabe! A veces las apariencias engañan. ¿Y si esa señorita no fuese casada?

SEVERO. ¡Eh! ¿De veras? ¿Tú sabes algo? Díme la verdad.

JARD. No, si yo... no he querido decir... pero, ¿es cierto que piensa usted matarse?

SEVERO. ¿Que si es cierto? Adiós.

JARD. ¿Pero se va usted?

SEVERO. Para siempre. Hoy me mato.

JARD. (¡Pobrecillo! Yo se lo digo.) Oiga usted; si me promete usted guardar el secreto, le diría...

SEVERO. ¿Qué?

JARD. Que esa señorita no está casada.

SEVERO. ¿Que no? Explícame...

JARD. No puede ser. El jardinero.

SEVERO. (Qué inoportuno.)

ANT. (¿A que le doy un sopapo á este viejo verde? María, que vayas á hacer un ramillete para la señorita.

JARD. Voy. (Aparte á don Severo.) (Por Dios, no me descubra usted.) (Vase.)

ESCENA IX

DON SEVERO y ANTONIO; á poco DON LUIS

SEVERO. (No es su mujer... luego es su amante. ¡Quién hubiera creído!. . ¡Valor se necesita para presentarse aquí sin estar casados! Yo debo esperar á mi amigo don Luis para decirle lo que ocurre. Esto es escandaloso. ¡Qué moralidad, señor; qué moralidad!) (A Antonio.) ¿Y el señorito don Luis?

ANT. Con su sobrino.

SEVERO. No seré importuno. Le esperaré aquí. (Entra en el cenador.)

LUIS. (Desde la puerta del pabellón y bajo.) ¡Antonio! ¡Chist! ¡Antonio! ¿Has cogido algo?

ANT. Sí señor.

LUIS. ¿El qué?

ANT. Un chiquillo.

LUIS. ¿Un chiquillo? ¿Y dónde está ese chiquillo?

ANT. Pus encerrao.

LUIS. ¿Y de quién es?

ANT. Sólo dice que su madre es María, que ha estado en la

Inclusa ó en el Asilo mucho tiempo, y que no conoce á su padre.

LUIS. Pero aquí, ¿quién lo trajo?

ANT. Aquí, María; y me dijo que lo encerrara. ¿He hecho mal?

LUIS. No, hombre, no; véte y déjame.

ANT. (Me voy y le dejo.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA X

DICHOS y á poco PACO

LUIS Tengo yo una nariz... Ya preveía una calaverada. Yo sabré por qué ocultan ese niño.

SEVERO. ¡Don Luis! ¡don Luis! Celebro verle.

LUIS. ¡Hola! ¿Estaba usted ahí metido?

SEVERO Oiga usted un momento y asómbrese.

LUIS ¡Ah!

SEVERO. No es eso.

LUIS ¿No? Pues ¡oh!

SEVERO. Escuche usted una revelación asombrosa. Su sobrino de usted ha tenido el valor de presentarse aquí... con su amante.

LUIS. Ya me lo presumía yo. ¿No le he dicho á usted que es tan calavera como yo á su edad?

SEVERO. ¿Todo eso dice usted?

LUIS. ¿Le parece á usted poco?

SEVERO. ¿Pero y la moral?

LUIS. ¿La moral? La mo... ¡Ah! si; sí señor, la moral. Es preciso reñirle, castigarle y hacer que... ¿qué opina usted que debo yo hacer?

SEVERO. Pues hacer que triunfe la moral.

LUIS. Pero aquí lo grave es que son relaciones antiguas. Como que ya tienen un chiquillo.

SEVERO. ¿Un chiquillo?

LUIS. Sí señor. Y es el caso que después de todo, esto me

rejuvenece. ¿No le he dicho á usted que me gustan las aventuras?

SEVERO. Pero eso no es una aventura, sino una desvergüenza. ¡Tener un chiquillo!

LUIS. Silencio; mi sobrino sale. Ocúltese usted para no reñirle en su presencia.

SEVERO. Sí señor; me parece muy natural. (Se oculta en el oenador.)

PACO. (Saliendo.) Hola, tío. ¿Y mi mujer y su amiga?

LUIS. Apropósito de su amiga. Esa amiga... ¿Es de confianza? ¿La conoces tú bien á fondo?

PACO. (¡Demonio! ¡si sospechará!) Sí, sí señor.

LUIS. ¿Y es de buena familia?

PACO. Muy buena y muy desgraciada. Ya ve usted, huérfana y sola...

LUIS. ¿Sola? (¡Si será inocente!) ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

PACO. De cinco á seis meses.

LUIS. ¿No hace más que ese tiempo? ¿De veras?

PACO. Nada más. ¿Pero á qué vienen esas preguntas y ese tono?

LUIS. (¡Entonces no es de mi sobrino!) Oye; esa mujer no debe acompañar, ni ser amiga de tu esposa.

PACO. ¿Por qué, tío? ¿Qué ha hecho?

LUIS. Lo que no debía. Esa mujer es soltera, según dices, y ya tiene un chiquillo que ha sacado del Asilo hace poco, y que oculta, y lo que se oculta no es de buena procedencia.

PACO. Tío, por Dios, ¿está usted loco?

LUIS. ¿Loco? No; el niño existe y está aquí.

PACO. (Si será esto un ardid para averiguar... Esperaré ver á O y á María.) Tío, vamos á buscarla y verá usted cómo todo eso es un error.

LUIS. ¿Un error? Vamos, y tú te convencerás. (Vanse disputando.)

ESCENA XI

DON SEVERO, á poco MARÍA

SEVERO. Se marchan. Y yo sin haber podido oir uua palabra; pero por lo visto van tranquilos. (Mirando por la primera de la izquierda.) ¡Adiós! Aquí viene la otra.

MARIA. (¿Por dónde andará Paco que no le veo? (Reparando en don Severo.) ¡Caballero!

SEVERO. ¡Señorita! (Es guapa; casi me gusta más que lo otra.) ¿Y su amiga de usted?

MARIA. Por el jardín anda.

SEVERO. ¿Es muy amiga de usted esa señorita?

MARIA. Sí señor.

SEVERO. Pues siento decirla que está usted haciendo un mal papel; usted no debe de ir en compañía de su amiga.

MARIA. (¿Qué dice este hombre?) Y ¿por qué?

SEVERO. Porque usted está creída de que su amiga está legítimamente casada con el sobrino de don Luis, y no hay tal casamiento.

MARIA. (Éste, como amigo del tío, trata de explorarme. (Mostrando asombro.) ¿Qué está usted diciendo?

SEVERO. Lo que usted oye; su amiga O, es... la amante de Paco.

MARIA. (Riendo.) ¡Já, já, já!

SEVERO. No se ría usted, desdichada joven; no se ría usted; porque tengo pruebas evidentes, y una señorita como usted, soltera, no debe de acompañar á dos amantes.

MARIA. ¡Y quién le ha dado á usted esa noticia?

SEVERO. Lo sé por buen conducto; además, conozco á O bastante tiempo.

MARIA. Caballero, es mi amiga y no puedo tolerar que usted la insulte de ese modo sin motivo.

SEVERO. ¿Sin motivo? ¡Si yo la dijese á usted que hace poco han sacado un hijo que tenían en el Asilo! Le digo á usted que estoy bien enterado.

MARIA. (¿Será cierto? Yo traté poco tiempo á Paco antes de

casarse conmigo; ¿si tendría relaciones con su prima?)

SEVERO. ¿Duda usted aún? Pues bien; yo la daré á usted pruebas de ello.

MARIA. ¿De veras? ¿Está usted dispuesto á dármelas?

SEVERO. Ahí viene ella; antes examínela usted con los antecedentes que yo la he dado, y quizás comprenda todo lo horrible de su situación. Yo entre tanto voy á buscar á don Luis. (Vase por la tercera de la izquierda.)

ESCENA XII

MARÍA y O

O. (Saliendo por la primera de la izquierda.) ¿Se marcha ese señor porque yo vengo?

MARIA. (Disimulemos.) No; es que va á buscar al tío. Díme, O, ¿hace mucho tiempo que conoces á este señor?

O. Hace muchos años.

MARIA. ¿Y le has tratado con intimidad?

O Nada de eso; él sí; me ha perseguido siempre á muerte, ha seguido todos mis pasos y ha poseído todos mis secretos.

MARIA. ¿Todos tus secretos.

O. Sí, todos.

MARIA. ¿Y lo del niño también?

O. ¿Qué niño es ese?

MARIA. Digo, lo de tus relaciones con Paco.

O. ¿Con Paco? ¿Ha tenido valor de decirte eso?

MARIA. Amiga mía, es inútil disimular. Ese hombre me ha confesado que tienes relaciones con mi esposo; es más, que hasta tienes un hijo de mi marido. Tú dices que él está enterado de todos tus secretos, luego basta de fingimientos.

O. María, tú has perdido la cabeza; pero ni loca ni cuerda puedo tolerar tal insulto. Ahora mismo voy á buscar á ese señor, y habrá de darme explicaciones

de sus palabras, ó de lo contrario, te aseguro que le arranco la lengua para que no pueda levantar más falsos testimonios; y en cuanto á tí, siento mucho la ofensa que acabas de inferirme. (Vase.)

ESCENA XIII

MARÍA, á poco PACO, después DON LUIS, luégo O y DON SEVERO, más tarde JARDINERA y al final ANTONIO

MARIA. ¿Será mentira? ¡Dios mío! ¿si habré cometido una ligereza insultando á mi amiga? Pero no, ese señor me ha dicho que está dispuesto á darme todas las pruebas que sean necesarias. ¡Qué desgraciada soy!

PACO. (Por fin la encontré.) Adiós, mi querida María. Te buscaba impaciente.

MARIA. Venga usted con Dios

PACO. No, mujer; el usted es para cuando esté delante el tío. ¿No sabes lo que ccurre? ¿Pero qué tienes? (Tratando de abrazarla.)

MARIA. (Desviándole.) Apártese usted, mal esposo; hombre indigno.

PACO. ¿Es que habéis todos perdido la cabeza?

MARIA. Guarde usted esas caricias para la otra y su hijo. ¿Piensa usted que no llega un día en que se sabe todo?

PACO. Si no estuvieras tan formal, sería cosa de tomarlo á risa ¿Qué hijo y qué otra son esos?

MARIA. Su prima de usted y su hijo.

PACO. ¿Mi prima y mi hijo?

MARIA. Sí señor; ese hijo que han tenido ustedes en el Asilo hasta ahora.

PACO. ¿Pero quién demonios ha armado este enredo? Si yo jamás he tenido relaciones con mi prima.

MARIA. Entonces, ese hijo que ella tiene...

PACO. ¿Un hijo?

MARIA. Si tal; me lo ha dicho una persona que la conoce hace muchos años y quien ella misma me ha confesado que sabe todos tus secretos.

PACO, Será verdad; pero, hija, yo no tengo noticias de tal niño.

MARIA. ¿Es cierto que no es tuyo?

PACO. Puedo jurártelo. Pues si precisamente te buscaba para decirte qúe yo no sé quién ha informado al tío de que tú tienes otro hijo.

MARIA. ¿Yo?

PACO. ¿Qué te parece la ocurrencia? Pero como estoy plenamente satisfecho de la calumnia que encierra, no he hecho caso. ¿Me abrazas?

MARIA. Con toda mi alma.

LUIS. (Viéndolos abrazados.) Bueno, bueno; no me parece mal, señor sobrino. ¿Conque abrazando á esta señorita, y mientras, su mujer riñendo con mi amigo don Severo, por un falso testimonio que esta joven le ha levantado?

MARIA. ¿Yo?

PACO. ¡Tio!

LUIS. ¡Silencio! Usted, señor sobrino, ajustará cuentas conmigo; y en cuanto á esta señorita y su hijo, saldrán de aquí inmediatamente.

MARIA. ¿Mi hijo?

LUIS. Si señora. Se ha descubierto todo, y es inútil fingir.

PACO. Pero, tío, si...

LUIS. ¡Silencio! Yo he sido calavera; pero jamás he podido vivir con dos mujeres á la vez.

MARIA. ¿Dos mujeres?

LUIS. Sí señora. Demasiado que lo sabe usted.

MARIA. (Gimoteando.) ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

LUIS. (Y tiene valor de llamarse desgraciada!)

PACO. Tío, por Dios, llame usted á O, y que se aclare todo esto.

LUIS. Precisamente aquí viene con mi amigo don Severo. Ese si que es moralista y buen hombre.

O. Paco, es preciso que esto termine, ó, de lo contrario, yo me voy.

LUIS. Nada de eso; la que se va es esta señorita. (Por María.)

SEVERO. Eso, eso; y yo me brindo á acompañarla con mucho gusto. (Mirando á O.) (¡Chúpate esa!)

LUIS. Conque lo dicho; esa señorita está demás al lado de O.

MARIA. Claro; ella tiene más derechos que yo; como que tiene un hijo.

O. ¿Otra vez?

LUIS. Si ella lo tuviera, nada de extraño sería; pero usted lo tiene sin deber, y lo que es más grave, siendo... soltera.

MARIA. ¿Que yo tengo un hijo? (Llorando.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

PACO. Ea, basta de farsa. Yo necesito aclarar todo esto. Sepa usted, querido tío, que mi legítima esposa es ésta; (Por María.) y como no hemos tenido hijos, quiero que me explique usted sus frases.

LUIS. ¡Hola! ¡hola! ¿Conque es decir que no te habías casado con tu prima?

PACO. No, tío; porque, cuando usted me lo ordenó, ya lo estaba, y por no disgustarle...

LUIS. Entonces, don Severo, ¿quién le ha dicho á usted que esa señora (Por María.) era amante de mi sobrino?

SEVERO. Nadie; si yo lo decía por esta señorita. (Por O.)

O. Siempre había usted de ser un infame.

MARIA. (Llorando.) ¡Ay, qué desgraciada soy!

SEVERO. (¡Pero qué moral, señores; qué moral!) Y usted, don Luis; usted mismo me dijo que tenían un chiquillo.

LUIS. Sí señor; pero yo me refería al hijo de esta señora. (Por María.)

MARIA. ¿Otra vez?... ¡Dios mío, Paco, por favor, vámonos de aquí!

PACO. Vamos á ver si nos entendemos. A usted, don Severo, ¿quién le ha dicho que yo era amante de mi prima?

SEVERO. La Jardinera.

LUIS. ¿La Jardinera? Ahora veremos. (Llamando.) ¡Ana María! Asi se desenredan los líos.

JARD. (Saliendo.) ¿Qué manda usted?

LUIS. ¿Tú qué le has dicho á don Severo de mi sobrina?

JARD. Yo... (Mirando á María.)

MARIA. Sí, dí la verdad; yo te lo suplico.

JARD. Pues bien, esta señorita me dijo que era la esposa del señorito. Después, don Severo, me dijo que se iba á matar porque la señorita O no podía ser suya por estar casada. A mí me dió mucha lástima, y le dije que no estaba casada.

LUIS. Ya se va haciendo luz. ¿Y usted, don Severo, la frase *no está casada* la interpretó á su capricho, armando un lío de mil demonios?

PACO. ¿Pero quién es este intruso?

SEVERO. ¿Cómo intruso?

O. Un miserable que no ha hecho más que darme disgustos toda su vida.

LUIS. (A don Severo.) ¿Pero conoce usted á mi sobrina?

SEVERO. Bastante.

MARIA. (Llorando.) ¡Ay, ay, ay!

LUIS. (A María.) Vamos, hija, sosiégate, que ya vamos viendo claro en el enredo á que habéis dado lugar por tratar de engañarme.

SEVERO. Eso; ellos han tenido la culpa de todo.

O. Usted, usted que ha inventado lo del niño.

SEVERO. Poco á poco; lo del niño me lo dijo el mismo don Luis.

PACO. ¿Usted, tío?

MARIA. (Llorando.) No disimular más. Las relaciones con tu prima son ciertas, como lo del niño; basta que lo diga tu tío.

LUIS. Alto ahí. Á mí me dijo el jardinero que habían traído aquí un niño, y que lo había traído María.

MARIA. ¿Yo?

LUIS. Tú, y que le habías dicho que lo encerrase.

JARD. (¡Ya caigo!)

PACO. Pero eso no puede ser.

SEVERO. (¡Qué moral, señor! ¡Qué moral!) (Tratan todos de hablar.)

LUIS. Si habláis todos á la vez, no nos entenderemos nunca. Voy á llamar al jardinero. ¡Antonioooo!

ANT. (Dentro.) ¡Voyyy! (Saliendo.) ¿Quién me llama?

LUIS. ¡Ven acá! ¿no me dijiste que la señorita María había traído aquí un chiquillo?

ANT. No señor; quien trajo aquí ese chico, fué la jardinera, María; es decir, Ana María.

JARD. Sí señor, yo.

LUIS. Pero, ¿ese chico de quién es?

ANT. Él sólo dice que su madre se llama María.

LUIS. ¿Y dónde está?

ANT. ¿La madre?

LUIS. No, hombre, no; el chico.

ANT. Le tengo encerrao.

LUIS. Que venga y diga quién es su madre (A Antonio.) Tráetelo.

ANT. Voy por él. (Vase.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS; á poco ANTONIO y NIÑO

LUIS. Á ver si quiere Dios que se aclare todo.

JARD. Ese chico lo traje yo porque...

LUIS. ¿Pero es tuyo?

JARD. No señor.

NIÑO. (Llorando.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Si no cogí más que dos ó tres lechugas, dos ó tres peras, dos...

LUIS. Silencio, monicaco. Vamos á ver, ¿quién es tu madre?

NIÑO. La señora María.

LUIS. ¿Cuál? ¿Esta? (Por María.)

NIÑO. No señor. Mi madre es más vieja y está en mi casa.

PACO. Resulta, pues, que hay dos Marías, y de ahí la equivocación.

LUIS. No; tres Marías; una la madre del chico; otra tu esposa, y la jardinera. (Al niño.) Por esta vez te perdono; pero como vuelvas á coger más fruta... ¿Quién ès tu padre?

NIÑO. Un señor que dice mi madre que se ha muerto; uno que fué administrador de Correos.

LUIS. ¿Cómo se llamaba?

NIÑO. Don Severo.

LUIS. (Aparte á don Severo.) (¿Y la moral, amigo mío, y la moral?)

SEVERO. (Haciendo gestos.) (¡Silencio por Dios! Le juro á usted que no tenía noticias de tal cosa).

LUIS. (Pues su madre, sí.) (Al Niño.) Por hoy te perdono; puedes irte á tu casa y decirle á tu madre que recibirá un buen regalo de un amigo de tu papá. ¿Verdad, don..?

SEVERO. (Aparte á don Luis.) (¡Silencio por Dios!) (Al Niño.) Sí, hijo mío, sí.

NIÑO. ¡Qué alegre se va á poner mi mamá! (Vase.)

LUIS. Por fin se aclaró todo. Sólo falta que nos perdonemos unos á otros todas las ofensas, nacidas de errores involuntarios.

SEVERO. (A O.) (¿Me perdona usted?)

O. (Con desdén.) (Sí, hombre, sí; le perdono.)

SEVERO. (¡Aún puedo tener esperanzas!)

LUIS. (Al público.)

Y si este enredo te agrada,
antes que baje el telón
muéstranos tu aprobación
dándonos una palmada. (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.

